

La predicación que transforma vidas.

por Joseph M. Stowell III

¿Por qué algunos sermones son maravillosamente predicados pero después nadie los recuerda, o lo que es peor, no los llevan a la práctica? En esta nota, el autor nos presenta la solución para este problema.

Hacer sermones para producir cambios requiere que nos paremos delante de nuestra gente, vulnerables y expuestos. Vulnerables porque empuñamos una herramienta que el Espíritu Santo utiliza como instrumento quirúrgico en los corazones resistentes. Expuestos porque predicar para el cambio requiere que revelemos porciones de nuestras propias vidas imperfectas como compañeros de lucha en el proceso de crecimiento.

Predicar para llevar información es predecible y no amenaza. Predicar para producir transformación es un trabajo duro y un negocio de riesgo. Con todo, ese es el punto central de predicar. Un sermón efectivo se mide no por su técnica pulida, sino por la habilidad del predicador para **conectar la Biblia a la realidad de la vida del oyente.**

Los predicadores y los sermones pueden ser graciosos, entretenidos, cautivadores, intrigantes, intelectualmente estimulantes, controversiales, llenos de teología impresionante y doctrina, y autoridad. Pero si finalmente el resultado no es un cambio de vida por causa de encontrarse con una verdad, entonces la predicación no ha sido lo que Dios pretendía que fuera.

La predicación real levanta a la Palabra como un espejo revelador, la deja fluir como agua limpiadora, y le permite entrar en los corazones como una semilla lista a germinar en frutos de justicia.

Aunque pocos de nosotros seremos grandes predicadores, todos podemos ser efectivos. La efectividad enfoca los resultados que se buscan al predicar. El propósito final de la Palabra de Dios no es solamente hacernos más inteligentes o teológicamente astutos, sino más bien **efectuar cambios.** Se trata de guiar a los oyentes al cambio en sus mentes y corazones:

- . Arrepentirse del pecado
- . Relacionarse con Dios y otros en forma más constructiva.
- . Crecer en nuestra capacidad de reflejar la realidad de Cristo en nuestras vidas.
- . Pensar con más claridad acerca de Él y quien es Él, y sobre quiénes somos nosotros realmente.

Este tipo de efectividad comienza cuando le damos la perspectiva apropiada a la tarea.

Al predicar hay dos perspectivas en competencia: ver la predicación como una profesión o como una expresión con propósito de nuestros dones. El profesional se pregunta: “¿Cuán bien prediqué?”. El heraldo (que proclama) con propósito se pregunta: “¿Qué está sucediendo con mis oyentes?” y “¿cuánto estoy dejando que Cristo pueda hacer efectivo su poder de transformación a través de mí?”. El profesional enfoca sobre los logros; el predicador efectivo, sobre el poder.

Recientemente visité una iglesia cuyo pastor es conocido como un comunicador líder. Admiro profundamente sus dones. Era un servicio de mitad de semana en el cual las personas estaban compartiendo testimonios acerca de los servicios previos de los domingos. Un hombre se puso de pie y exclamó: “Bill, diez minutos dentro del sermón y tú desapareciste, comencé a escuchar la voz de Dios hablando a mi vida”. Quiero predicar así.

Aunque nunca sepan nuestros nombres o no recuerden quienes somos, los predicadores efectivos se sienten completos cuando las vidas son impactadas por un encuentro con el Dios viviente a través de su Palabra. El pastor Jay Jentink me escribió que su más grandioso gozo es ¡ver a Dios cambiando a las personas! Hay algo tan increíble en ver a una persona que pasa del desinterés en Dios a un compromiso intenso. El gozo viene de saber que es un privilegio tener un lugar en los planes de Dios para esa persona.

El propósito del que proclama es conectarse con el oyente como un conducto y no como una celebridad. Es impresionar a las personas con la grandiosidad de su Dios, y no con la grandiosidad de su don.

Para lograr esto, hay cuatro dinámicas que un predicador efectivo debe cultivar.

Sorprendentemente, la primera dinámica no tiene nada que ver con la predicación. Se relaciona con el tipo de sermones **que predicamos con nuestras vidas.**

Segundo, **conectar las demandas que alineamos en nuestros mensajes con las intenciones de transformación de la Palabra.**

Tercero, la efectividad requiere que cuidadosamente **enfoquemos nuestras ilustraciones en el contexto de experiencias de la vida real.**

Y cuarto, la efectividad requiere **que envolvamos el producto terminado con técnicas claras de aplicación.**

EL PREDICADOR

Como en cualquier intercambio, lo afilado y la adaptación de la persona que lo hace es de importancia crítica. En 1 Timoteo 4:12-13, Pablo le dice a Timoteo que la personalidad antecede a la proclamación. Como hace notar Pablo, las vidas que son ejemplares en discurso, conducta, amor, fe y pureza, capturarán la atención de los oyentes y abrirán la puerta de su deseo de cambiar. Nuestras vidas son el sermón más importante que predicamos. Las personas son observadoras antes que oyentes. Hay pocas

cosas que dañen más rápidamente la proclamación para transformación que la vida de un heraldo que contradice lo que predica.

Es un alivio notar que no estamos hablando de perfección. Lo que se requiere, sin embargo, es una vida auténtica en sus luchas y claramente marcadas por el progreso.

Pablo concluye: “Ocúpate en estas cosas; permanece en ellas, para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos. Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren” (1 Ti. 4:15-16).

EL TEXTO

El segundo elemento crítico en la proclamación transformadora es elaborar un sermón que se alinee con el poder de transformar que tiene el texto.

Pablo instruye a Timoteo para que le dé atención a la lectura pública de las Escrituras, la exhortación y la enseñanza (Ver 1 Ti. 4:13).

El texto debe hacer permeable nuestra preparación y presentación. Los sermones que tratan sólo liviana u oscuramente el texto no pueden lograr resultados a largo plazo. Nuestro poder no está en las creaciones inteligentes para comunicar, sino en el poder intrínseco de la verdad de la Palabra de Dios.

El poder cambiador de vida de la Palabra se enciende cuando ambos, propósito y proceso del texto, son abrazados en el sermón. Primero, miremos a los propósitos con una visión de cooperar con ellos en nuestra predicación.

Como Pablo hace notar, la exhortación y la enseñanza son dos propósitos de suma importancia en la presentación de la Palabra. La exhortación involucra el aplicar las Escrituras a la situación de la vida real de la persona con el propósito de llevar a ese individuo hacia la madurez en Cristo. Por otro lado, enseñar involucra la clara comunicación de los hechos de las Escrituras y los datos bíblicos en su contexto teológico apropiado.

Un sermón efectivo no puede consistir en exhortación sin enseñanza, ni enseñanza sin exhortación. Necesitamos trabajar duro para asegurarnos que nuestros oyentes están relacionados con estos dos propósitos estratégicos. La enseñanza ayuda a los oyentes a llegar hasta el fondo de lo que el texto está diciendo; la exhortación los llena de poder para entender lo que el texto les está diciendo de una manera que pueda cambiar sus vidas. Aunque es verdad que las dos dinámicas se unen por momentos, mayormente la enseñanza se relaciona con la información y la exhortación con la transformación.

La integración exitosa de ambas, enseñanza y exhortación, requiere que entendamos que la preparación del sermón consiste en las dos cosas: ciencia y arte. El lado científico de la predicación trata con la exégesis del

texto. Requiere información ajustada del texto basada en la investigación histórica gramática, contextual y cultural, y aísla la idea central en el texto.

La parte artística de la preparación se relaciona con hacer la transición de esta información a paquetes que se aplican, que permiten al oyente infundir el sentido del texto dentro del contexto de la vida de él o ella.

La ciencia y el arte de la preparación son partes inseparables. Las aplicaciones claramente fundamentadas en el texto suenan con toda veracidad en los corazones de los creyentes.

Desgraciadamente, la mayoría de nosotros cree que la preparación de nuestro sermón está completa cuando la parte científica de la exégesis ha sido hecho. En realidad, allí sólo hemos comenzado.

Preparar un sermón es como preparar una comida. Tenemos la receta, compramos los ingredientes necesarios y traemos a casa las bolsas de las cosas que corresponden.

En ese punto, una vez ubicados los ingredientes en la mesada, no hemos terminado el proceso. No les pedimos a nuestros invitados que tomen una lata de tomates y un poco de crema y se hagan la sopa ellos mismos.

Sin embargo, eso es lo que sucede en muchos de nuestros sermones cuando paramos el mensaje en el aspecto de la información, haciendo poco o ningún esfuerzo de conectarlo a la verdad de la vida.

El desafío de cada preparador de sermones es hacer una transición ajustada desde el nivel de análisis del texto al nivel de aplicación, del trabajo científico al artístico del sermón. La transición comienza cuando replanteamos la idea central y el bosquejo exegético en términos de las situaciones de la vida real del oyente.

Por ejemplo, un punto exegético que sacamos de Filipenses 1:12 podría ser: “Pablo relaciona su perspectiva personal en medio de una gran dificultad”. Aunque esta es buena información, no ayuda al oyente a aplicar el mensaje al escenario de la vida contemporánea.

En su lugar, necesitamos presentar esta información en un formato de aplicación. Algo como: “Cuando nuestra perspectiva es correcta, podemos sentir deleite en medio de la dificultad”, lo que capta al oyente.

Observen que los puntos de aplicación tienen pronombres personales que se relacionan con el oyente antes que con el autor: **“nosotros”** en lugar de “Pablo”; o “nuestro” en lugar de “su”; se debe **enfocar el texto sobre la experiencia del oyente** antes que sobre la experiencia del autor.

CUATRO PROPOSITOS FUNCIONALES DE LA EXHORTACION Y LA ENSEÑANZA

Mientras trabajamos para que se integren los propósitos de la exhortación y la enseñanza en nuestros sermones, es crítico que lo hagamos intencionalmente en cooperación con las funciones de transformación de

las Escrituras. En 2 Timoteo 3:16-17, Pablo hace una lista de cuatro propósitos adicionales que hacen a la Palabra de Dios efectiva para dar poder a los individuos para cambiar.

“Un sermón efectivo no puede consistir en exhortación sin enseñanza, ni enseñanza sin exhortación”.

Enseñanza. La enseñanza en este contexto hace la transición de los oyentes desde sus puntos de vista falsos y de ignorancia anterior a un entendimiento educado de la verdad del Reino de Dios, ellos mismos y el mundo en el que viven.

Reprensión. Este es el trabajo de confrontación de la Palabra de Dios, el cual revela lo que nos falta en nuestras vidas. La Palabra proclamada debería conectarse con las faltas escondidas y exponer los secretos vergonzosos de nuestro interior. La Palabra de Dios realiza esto sin tener que apuntar nuestra bazuca bíblica hacia los creyentes sospechosos. Necesitamos comunicar los principios con una aplicación clara y de autoridad, ejemplos en la vida real de la verdad bíblica en acción o los imperativos que surgen de los principios. Su Palabra se ocupa de los demás.

Corrección. Este es el empuje tranquilo, cuidadoso de la Palabra de Dios para mantenernos en el camino. Mientras que la reprensión trata en forma de confrontación con pecados que hacemos voluntariamente en nuestras vidas, la corrección es una influencia más sutil en nuestro caminar espiritual: revisa nuestra tendencia a distraernos.

Entrenamiento en rectitud. Tal como un padre cría a su hijo en lo que es correcto, así la Escritura nos cría a través de un proceso de maduración hacia una vida acorde con los niveles de rectitud de Cristo.

Dado que estas son las intenciones divinas del texto, los predicadores para transformar necesitan mantener estos propósitos en sus frentes cuando se preparan para comunicar.

A través de toda la preparación del sermón, aquel predicador que hace la aplicación se preguntará:

- . “¿Cuáles son los elementos de enseñanza específica en este texto?”.
- . “¿Qué hay en este texto que serviría para la reprensión?”.
- . “¿Cómo corregiría esto una vida distraída?”.
- . “¿Cuáles son las normas de rectitud que se levantan del panorama de este texto?”.

. “¿Cómo puedo transmitir la habilidad o el poder a las personas para que respondan en forma constructiva a estos elementos de cambio?”.

Cuando comenzamos a contestar estas preguntas para nosotros mismos, hemos comenzado a responderlas para el oyente.

EL PROCESO DE TRANSFORMACION

Pablo le dijo a Timoteo que se comprometiera a una enseñanza paciente (ver 2 Ti.4:2). La instrucción es el arte de guiar al oyente a través del proceso que lleva al cambio.

Claramente, Pablo se ha comprometido a instruir a los lectores de sus epístolas en el proceso que lleva a producir una vida santificada. Los capítulos 6 al 8 de Romanos están cargados de procesos bíblicos para lograr santificación. Este modelo se refleja consistentemente en las cartas de Pablo. Por ejemplo, en Filipenses 1: 9-11, en lugar de demandar que sus lectores hagan excelentes elecciones y vivan vidas que sean fructíferas y glorifiquen a Dios, Pablo los instruyó primeramente en el proceso. Era su oración por ellos que su amor fuera en crecimiento en el contexto del conocimiento que se expresaba en el discernimiento. Si vivían esos tres procesos bien, automáticamente ellos elegirían aquello que era excelente, reflejando los frutos de justicia, y traerían gloria y alabanza a Cristo en sus vidas.

Recuerdo haber hablado con un hombre jubilado que ahora es un consultor en control de calidad. Me dijo: “En control de calidad, estamos más preocupados con el proceso que con el producto. Si el proceso es correcto el producto está garantizado”. ¡Qué profundo!

Las exhortaciones orientadas al producto producirán que los oyentes tengan interminables frustraciones. Elaborar instrucciones amistosas de proceso lo habilitarán a crecer.

Los predicadores orientados hacia el proceso de transformación se preguntan mientras estudian el texto: “¿Qué me dice este texto acerca de cómo puedo alcanzar la meta espiritual que propone?”.

Algunas veces la respuesta radica en el contexto más amplio del párrafo que estamos predicando. Otras veces puede ser hallado en el contexto mayor del libro. En ocasiones se expone en pasajes paralelos de las Escrituras que buscan el mismo resultado pero dan un mayor detalle acerca de cómo alcanzar ese fin.

Alinear nuestros sermones con las dinámicas de transformación de los propósitos y procesos del texto, inevitablemente resultará en vidas cambiadas. Como Pablo le dijo a Timoteo, el resultado intencional divino de la Palabra proclamada es lograr vidas cambiadas para producir buenas obras (ver 2 Ti. 3:17).

Si reclamamos ser predicadores efectivos, entonces tenemos que demostrar eso en las vidas de nuestros oyentes.

PREDICANDO DESDE EL CORAZON

El más poderoso de los sermones se forja desde el corazón de un predicador que ha buscado vivir el principio de la Palabra en la semana o semanas anteriores a su presentación. Estos encontrarán una fácil transición en la vida del oyente. Los sermones formados únicamente en la mente del predicador probablemente afectarán sólo la mente del oyente. Aunque es verdad que la transformación es el trabajo del texto bajo la guía del Espíritu Santo y que es Él quien hará finalmente el trabajo de convencer, consolar, sanar, ayudar, animar, motivar y transformar, también es verdad que nuestros mensajes son el conducto. Modelamos el instrumento. Él es quien da las posibilidades. Nuestro desafío es hacer lo mejor para crear una herramienta útil en las manos del Amo. Cuando lo logramos disfrutamos de la satisfacción de predicar para un cambio.

Joseph M. Stowell III es presidente del Instituto Bíblico Moody de Chicago. Ha escrito cinco libros y pastoreado iglesias en Ohio, Indiana y Michigan.